

La guerra por la palabra

Ramón Salaberria

“...Y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria”. Con esta frase, puesta en boca de una nana india de Chiapas, comienza la novela *Balún Canán* de Rosario Castellanos.

Un mito de los indios tzotziles de Chiapas dice que el ladino “se robó el libro”. Engendrado por la cópula de un indio y una perra, el ladino o mestizo resultó perverso y al nacer le arrebató a la comunidad la palabra escrita, el soporte simbólico del saber. A resultas de ese robo originario a los indios se les llama ignorantes y los ladinos se proclaman “hombres de razón”. Armando Bartra, investigador de las luchas campesinas en México, dice: “Esta preocupación de que te quiten la palabra, es decir, de que tu voz ya no se escuche, de que ya no está en el diálogo, ese es el daño mayor de los 500 años de ignominia. No es sólo la pobreza, la explotación, la represión, sino es la negación de una identidad en lo que tiene de básico, que es la palabra”.

Robo de la palabra, negación de una identidad, oídos que no escuchan. Chiapas ha sido, y lo sigue siendo, escenario de insurrecciones indígenas cíclicas. Desde mediados de los años setenta se desarrolló un muy reprimido movimiento campesino independiente. En marzo de 1992 salió de Chiapas una marcha (*Xi Nich*, hormiga que camina, en lengua chol) de campesinos indígenas para recorrer a pie los casi 1.200 kilómetros que les separaban de la ciudad de México y protestar contra la represión del gobierno

chiapaneco. No fueron escuchados. Ese mismo año un indio de Amatlán (Chiapas) declaraba respecto a la represión por las demandas indias y campesinas: “Después de tantos golpes en todo el estado de Chiapas pues es insoportable ya todas las agresiones que se vive en ese estado. Consideramos necesario ahora que entre todos vamos a hacer lo posible de tramitar juicio político para el gobierno. Para ver si así responde a nuestras demandas o nos acabe de matar”. Y se prepararon, ya llevaban años preparándose, a partir de su organización comunitaria.

Chiapas tiene una extensión similar a Cataluña y Aragón juntas. Allí viven un millón de indígenas de un total de algo más de tres millones de habitantes. Un lugar rico en recursos naturales y de pobreza para la mayor parte de sus habitantes. Siendo el primer productor en energía hidroeléctrica, el 80% de la población india carece de electricidad. Según datos oficiales (en el momento del alzamiento zapatista) el 62% de los habitantes de Chiapas, mayores de 15 años, no había terminado la enseñanza primaria. También en el momento del alzamiento unos 15.000 indígenas morían anualmente (datos oficiales) a causa del hambre y enfermedades curables (infecciones respiratorias, enteritis, parasitosis, amibiasis, paludismo, cólera, sarampión...). La concentración de enormes extensiones de tierra en unas cuantas manos constituye tal vez el principal problema social de esa entidad.

Si para hacerse oír el único camino posible era levantarse en armas, faltaban éstas. En una entrevista de los primeros meses de



Patricia

Biblioteca del Aguascalientes de Oventic



1994 el *subcomandante Marcos* señalaba el debate interno de muchos indios: “Si tú entras en esta lógica de vida o muerte y le metes la variante de la dignidad, puedes entender que si un campesino tiene una sola vaca y decide que va a pelear para vivir con justicia, entonces no es contradictorio que venda su única vaca para conseguir su arma, y se dice a sí mismo: ‘Voy a ir a atacar tal lugar, y puede que me maten, pero lo hago porque ya no se puede seguir viviendo así’. ¿Para qué otra cosa podrían usar la vaca? Cuando acceden al crédito estatal, compran una vaca, y al año o dos ya deben la vaca que compraron y la vaca que tenían de antes. El banco se lleva las dos vacas. Quizás puedas vender la única vaca y comprar maíz para todo el año. Pero, si compras mejor un arma, pues lo apuestas todo, ¿no? A lo mejor ganas y se acaba el hambre, o a lo peor te matan”.

Cinco años después escribiría sobre las armas y las palabras: “Somos pobres, sí. Pero viera usted que nuestra pobreza es más rica que la pobreza de otros y, sobre todo, más rica que la que teníamos antes del alzamiento. Y es que ahora nuestra pobreza tiene mañana. ¿Por qué? Bueno porque hay algo muy importante que no teníamos antes del alzamiento y ahora se ha convertido en nuestra más poderosa y temida (por nuestros enemigos) arma: la palabra. Viera usted qué buena es esta arma. Es buena para combatir, para defenderse, para resistir. Y tiene una gran ventaja sobre todas las armas que tienen el gobierno, sean sus militares y paramilitares, ésta no destruye, no mata”.

La biblioteca de Aguascalientes

El 10 de junio de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional emite la Segunda Declaración de la Selva Lacandona. El valor de la palabra será el eje principal:

“De cara a la montaña hablamos con nuestros muertos para que en su palabra viniera el buen camino por el que debe andar nuestro rostro amordazado.

Sonaron los tambores y en la voz de la tierra habló nuestro dolor y nuestra historia habló.

‘Para todos todo’, dicen nuestros muertos. Mientras no sea así, no habrá nada para nosotros.

Hablen la palabra de los otros mexicanos, encuentren del corazón el oído de aquellos por los que luchamos, invítenlos a caminar los pasos dignos de los que no tienen rostro. (...) Que las gentes buenas todas de estas tierras organicen hoy la dignidad que resiste y no se vende, que mañana esa dignidad se organice para exigir que la palabra que anda en el corazón de los mayoritarios tenga verdad y saludo de los que gobiernan, que se imponga el buen camino de que el que mande, mande obedeciendo (...)

¡No se rindan! ¡Resistan! No falten al honor de la palabra verdadera (...)

Así habló su palabra del corazón de nuestros muertos de siempre. Vimos nosotros que es buena su palabra de nuestros muertos, vimos que hay verdad y dignidad en el consejo. Por eso llamamos a todos nuestros hermanos indígenas mexicanos a que resistan con nosotros.”

En esta segunda declaración también se llama a una reunión de todas las fuerzas que luchan contra “el mal gobierno” mexicano para crear la Convención Nacional Democrática. A su llamada acuden unas seis mil personas, 300 invitados y 700 periodistas de 400 medios de información. La primera reunión de la Convención se llevó a cabo en la Selva Lacandona el 6 de agosto. Para este evento, los zapatistas prepararon un lugar en las afueras del pueblo Guadalupe Tepeyac, localidad que en aquel entonces contaba (seguimos con datos oficiales) con 340 habitantes adultos de los que 245 eran analfabetos, no habían recibido instrucción o no concluyeron la primaria. Estos vecinos junto con otros venidos de otras aldeas (28 días, 600 personas, en jornadas de 14 horas al día) desbrozaron un monte, con troncos hicieron los asientos de un anfiteatro para los convencionistas, construyeron cocinas, lugares para dormir y un podium desde el cual 100 personas presidieron las sesiones y que todos compararon con la proa de un barco. Las primeras palabras del *subcomandante Marcos* fueron: “Buenas tardes. Bienvenidos a bordo”. Los zapatistas llamaron a ese lugar Aguascalientes, el mismo nombre de la ciudad donde en 1914 se celebró una Convención entre los jefes de la revolución mexicana. En el Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac, nació (agosto 1994), creció y fue destruida (febrero 1995) una biblioteca.

Betshaida Maldonado era en aquellos



momentos una universitaria en la ciudad de México que, identificada con las demandas zapatistas, junto a un grupo de profesores y estudiantes, colaboró en recoger libros para la biblioteca del Aguascalientes, transportarlos y dejar testimonio de ello. Enviaron cartas de solicitud a editoriales, librerías y diarios informando del acopio de libros, hicieron panfletos y carteles, acudieron a programas de radio... Recogieron unos 3.500 libros y, en un accidentado viaje, los llevaron a la Selva Lacandona. Al llegar esto fue lo que vio: “El clima era caluroso-húmedo, con un sol radiante y ahí, ante mis ojos, cientos de hombres con capuchas y uniformes trabajaban en diferentes tareas a la vez. Lo que observaba me parecía maravilloso. La mitad de una montaña se transformaba en bancos para recibir a miles de delegados.

Entre el lodo, y con la ayuda de por lo menos una docena de zapatistas, logró llegar el camión hasta lo que muy pronto sería una biblioteca. Era un cuarto amplio con paredes de tablas, piso de tierra, y techo de lámina de metal. Sin saber de dónde salía, un grupo de milicianos, mujeres y hombres, descargaron con gran rapidez el camión y metieron los libros a la biblioteca. (...) Como a mediodía, en un acto muy sencillo hice la entrega formal del acopio de libros al Comité Clandestino Revolucionario Indígena.” Los objetivos eran que los convencionistas, los miles de ciudadanos desplazados a este lugar para su encuentro con el EZLN, dispusieran de un acervo bibliográfico como material de consulta y que, con posterioridad, sirviera a las comunidades indígenas que acudían al lugar. Pasada la Convención, la biblioteca siguió creciendo. Se contaba con un ordenador y un equipo de sonido. Cinco mujeres voluntarias se afanaban en la clasificación del fondo documental, en realizar actividades y narrar cuentos infantiles, y en la noche atender a los civiles y milicianos que acudían a la biblioteca para leer (el que sabía), preferentemente, historia y poesía.

Lo que había sido un símbolo, por ser tal, fue arrasado por el Ejército Mexicano el 10 de febrero de 1995, a los seis meses de crearse. Decenas y decenas de soldados, en dos días, destruyeron todas las instalaciones, comenzando por la biblioteca que, en sus trece anaqueles, contaba ya con 11.000 volúmenes. Algunos días después, más de

200 artistas publicaban un comunicado mostrando su repulsa: “Nosotros, miembros de la comunidad artística de este país, desaprobaríamos rotundamente la destrucción de la biblioteca y el auditorio que con tanta inteligencia y talento construyeron los pobladores y milicianos simpatizantes del EZLN en Aguascalientes, Chiapas (...)”.

Realizada la operación militar, y refugiada la población de Guadalupe Tepeyac en las montañas (en un exilio que dura ya seis años), sobre el extinto Aguascalientes y su biblioteca se construyó uno de los cuarteles más grandes de la selva Lacandona.

Las bibliotecas de los Aguascalientes

A nueve meses de la destrucción del Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac, las bases zapatistas construyeron cuatro nuevos Aguascalientes: centros culturales zapatistas dotados de biblioteca, espacios donde la población pudiera reunirse. Uno de ellos fue en Oventic, área de montañas, frío, niebla, marginación y olvido. Allí, sobre terrenos donados por la propia comunidad tzotzil, 500 niños, mujeres y hombres indígenas, provenientes de comunidades, en algunos casos muy lejanas, construyeron a mano durante 50 días un foro comunitario, un espacio cultural: alrededor de una explanada, dos tribunas, gradas para varios cientos de asistentes, un auditorio para unos 300 participantes, tres cocinas para 20 fogones, 70 letrinas, seis enormes tiendas de campaña para ser ocupadas por los visitantes, una Casa de Mujeres (“donde podrán discutir los asuntos de su lucha”) y la biblioteca (con el plan de establecer un archivo video-fonográfico de la tradición oral). Del otro lado, la clínica para atender comunitariamente a los indígenas enfermos de la región.

Para ello, en jornadas de 11 horas, cargaron sobre sus espaldas tierra, piedras, ladrillos, grava y cemento (que pagaron de sus propios jornales agrícolas), acarrearón la madera desde las comunidades de al menos ocho municipios vecinos, limpiaron a mano el terreno, aplanaron la tierra.

Otro fue el Aguascalientes de La Realidad, pequeña y desde 1994 muy visitada comunidad tojolabal, en la que a sus dos edificaciones de la escuela y patio se añadieron una biblioteca, un consultorio médi-



co, un comedor para los visitantes y un conjunto de letrinas. Los grupos rockeros del DF donaron una pequeña planta eléctrica que fue instalada por afiliados del Sindicato Mexicano de Electricistas, una gesta solidaria de la sociedad civil que permitió que La Realidad disfrute de algo de luz. Su modesta biblioteca, un 31 de julio de 1996, acogió a los sociólogos Alain Touraine y Pablo González Casanova, Danielle Mitterrand, el obispo Thomas Gumbleton, el escritor político James Petras, el especialista en mayas modernos Yvon Le Bot, la feminista y pensadora Giselle Halimi, el director del Teatro Nacional de Brest (Francia) y como coordinador de la mesa larga a Carlos Monsiváis.

Morelia es el nombre y lugar de otro Aguascalientes. Morelia fue fundada hace setenta años, en 1933, en la ladera de un cerro de tierras improductivas, por un centenar de peones acasillados (peones que vivían en condiciones de esclavitud en las fincas). Siete décadas de organización y resistencia. Desde los años 80 fue reprimida de todas las maneras posibles: ejército, guardias de los ganaderos, policías o todos juntos. Allí, en los primeros meses de 1996, indios tojolobales y tzeltales de 50 comunidades participaron en la construcción, en torno a una explanada, de un auditorio de 40 metros de largo por 14 de ancho, una biblioteca, letrinas, cocinas, dormitorios y una huerta.

El Aguascalientes de la comunidad Roberto Barrios, en la Selva Lacandona, es una amplia plaza en torno a la cual las comunidades zapatistas construyeron un comedor, una biblioteca, dos dormitorios y un gran cobertizo que, a modo de auditorio, a fines de julio de 1996 acogió a unos 300 académicos, activistas y líderes sociales de 47 naciones que participaban en la mesa económica del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, convocado por el EZLN.

Andrés Aubry es un ya mayor historiador de los archivos diocesanos de Chiapas, donde lleva viviendo muchas décadas, y esta es su definición de los Aguascalientes: "son las ágoras en que las comunidades van convirtiendo el *ejército zapatista* de liberación nacional en *fuera política*, con centros de desarrollo cultural asistidos por un sistema educativo y bibliotecas, en la búsqueda de otro desarrollo económico y productivo

con nuevo urbanismo rural, tecnología orgánica, salud preventiva y alternativa, y otras actividades autogestionadas que son, en el seno mismo de la guerra, laboratorios metódicos del ejercicio de la paz. O sea, de otra sociedad para una nación renovada".

El acoso militar contra estos Aguascalientes, hasta el 2001, ha sido constante. Ya desde el momento de su construcción, los Aguascalientes de Oventic y La Realidad, eran sometidos al patrullaje militar aéreo y terrestre (tanquetas equipadas con cañones, *jeeps* artillados), grabaciones de video y tomas fotográficas de sus construcciones. También en ese momento la vigilancia militar se presentó en otro Aguascalientes, el de La Garrucha, justo cuando llegaban los integrantes de la Caravana Mexicana Para Todos Todo, quienes apoyaban la construcción de una biblioteca en ese lugar, donde la escuela local había carecido de maestros durante todo el año. Ya en ese momento los altos mandos militares decidieron establecer nuevos cuarteles militares en los alrededores de los Aguascalientes.

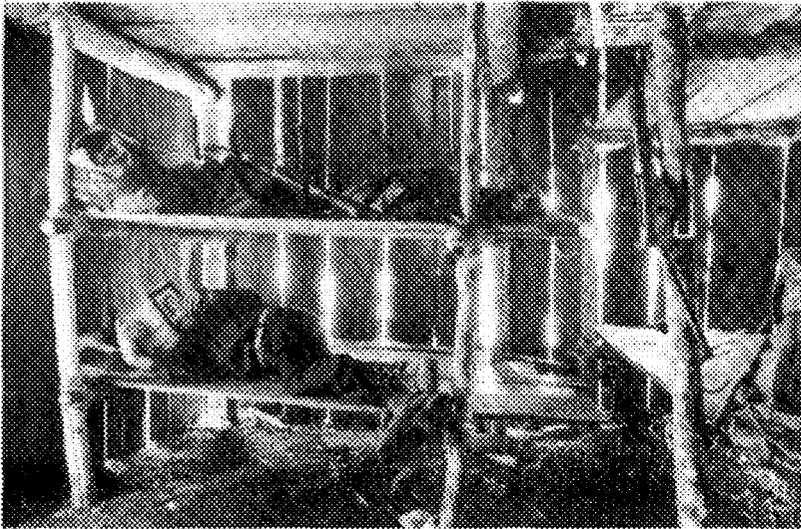
A finales de 2000 el EZLN exigió, como medida de buena voluntad para reiniciar el diálogo con el nuevo gobierno mexicano del presidente Fox, la retirada de siete (de las 259 existentes) posiciones militares en Chiapas. Las siete situadas en torno a los cinco Aguascalientes y sus bibliotecas.

Palabra

La *mayor Ana María* dedica desde mediados de los años ochenta todo su tiempo a la lucha, vive en las montañas, entre los insurgentes: "Llegué a EZLN de muy joven, con unos 14 años. Cuando salí de mi casa y me enteré de que existía una organización armada me decidí. Uno de mis hermanos ya estaba, pero mis papás, la mayoría de mi familia no sabía nada. Pasé muchos años participando y aprendiendo sin que mi familia se diera cuenta. Unos compas que tenían un poco más de preparación nos fueron enseñando las primeras letras, a leer y a escribir, después empezamos a aprender tácticas de combate, política para poder hablar con el pueblo y poder explicarle la causa de nuestra lucha. (...) También lo que hacemos algunas en las comunidades es formar grupos de mujeres, organizarlas en trabajos colectivos. Las que



Emiliano Thibault



Zapatista leyendo en una litera

"En el Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac, nació (agosto 1994), creció y fue destruida (febrero 1995) una biblioteca"

ya estamos un poco más preparadas alfabetizamos a las compañeras de los pueblos para que aprendan un poco a leer y escribir. Ese es el trabajo que venimos haciendo desde hace años. (...) Las que estamos dentro de esta lucha llegamos sin saber leer y escribir y aprendimos; ahora representamos algo".

Un testimonio similar, en masculino, es el del *mayor Rolando*, alto y fuerte, de voz suave: "¿Por qué entré en el EZ? En mi casa la situación era muy difícil, la alimentación era muy raquítica. En un caso llegamos a comer media tortilla al día. En otro, frijoles; pero no eran frijoles, era un caldo donde los frijoles contados andaban ahí nadando. Yo pienso que algo más duro no hay. Y no es que alguien te lo cuente, sino que lo vives directamente. Entonces, cuando te hablan de una forma de cómo terminar todo esto, pues no lo dudas. (...) Después te tocan otros trabajos, por ejemplo instrucción. A veces le toca a una unidad, otras a otra, va cambiando. Después de comer, ya ahora sí, se hacen células por unidad y ahí es donde se empieza a estudiar materiales políticos, según lo que escoja la propia célula de estudio. Por ejemplo, historia de México o los libros sobre revolucionarios como Pancho Villa, Emiliano Zapata, biografías de Hidalgo, Guerrero, Morelos, todo. Hay un representante por célula que es el que se encarga de ir llamando a los compañeros para empezar el estudio. Entonces uno allí aprende hasta a leer porque a veces nos lo vamos pasando uno a uno, parrafito por parrafito, ahora

sigues tú. Y así va uno desarrollándose. Allí en la unidad el mando no es quien decide sino los compañeros, entre todos, lo que diga la mayoría.

A mí, lo que más me gusta es estudiar. Yo no sabía, pues, apenas ponía mi nombre. Fueron varios años, varios días de estar ahí estudiando. Ahorita ya sé un poco pasar cuentas. Por ejemplo, nosotros estudiábamos los 10 puntos [las demandas de los zapatistas], para saber por qué es que estamos luchando. Tenía lo suficiente: un cuaderno. Y esos libritos que nos costaba mucho conseguir, porque no había una biblioteca central y además eso lo tenías que cargar y cuesta. El EZLN sólo publicó su reglamento".

Ángel es un indio tzeltal, un insurgente zapatista cuyo orgullo, predicado a todos los que se acercan, es haber leído completo el libro (443 páginas) *Zapata y la Revolución Mexicana* de John Womack: "Tardé tres años. Sufrí, pero lo terminé". *Ángel* se indigna tras leer el editorial de un periódico que cuestiona la capacidad de los indígenas para organizarse como movimiento político, social y armado: "¿Por qué siempre nos piensan como niños chiquitos? ¿Por qué para ellos nosotros no podemos pensar solos y tener buen pensamiento con buen plan y buena lucha? ¿Acaso la inteligencia sólo llega en su cabeza del ladino? ¿Acaso nuestros abuelos no tuvieron bueno su pensamiento cuando ellos eran?". ☑

Documentación

- AUBRY, A.: "Ambiguo decreto, ambiguo desarrollo", *La Jornada*, 29 marzo 2001.
- BARTRA, A.: "Mitos en la aldea global". En: SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: *Relatos de el Viejo Antonio*. México: Centro de Información y Análisis de Chiapas, 1998.
- CAMU, G.; TOTORO, D.: "Marcos en la selva: nuestro objetivo no es la revolución, sino provocar el cambio", *Macrópolis*, n. 118, 20 junio 1994.
- CASTELLANOS, R.: *Balún Canán*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL: *Documentos y comunicados: 1 de enero-8 de agosto de 1994*. México: Era, 1994.
- La guerra de Chiapas* [video]. México: Canal 6 de Julio, 1994.
- MALDONADO, B.: "Una biblioteca en la Selva Lacandona". En: *Memorial de Chiapas: pedacitos de historia*. México: La Jornada Ediciones, 1997.
- MOSCOSO PASTRANA, P.: *Historia de la bibliotecas en Chiapas*. México: Dirección General de Bibliotecas, 1986.
- ROVIRA, G.: *¿Zapata vive!: la rebelión indígena de Chiapas contada por sus protagonistas*. Barcelona: Virus, 1994.
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: *Carta al señor Cepeda Neri* (26 enero 1994).
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: *Carta a Guadalupe Loeza* (enero 1999).

